

implica, explícitamente, la diferencia entre españoles “buenos” y españoles “malos”, entre españoles y no-españoles, entre hermanos que no

se reconocen, entre Caín y Abel...
¿Hasta cuándo?

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Hilari RAGUER I SUÑER, **Arxiu de l'església catalana durant la Guerra civil: II/1. Gener-Juny de 1937**, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2014, 231 p., ISBN: 9788484155447

En tiempos de informática, tendrían que cundir mucho más de lo que cunden las publicaciones de documentos. Uno diría –por expresarlo de una manera contundente, pese a la imprecisión que ello supone– que, si estuviese en su mano, abriría a los escaneadores de Google los archivos de todo el mundo. A estas alturas de la historia, sorprende un tanto la prudencia que rige en algunas instituciones.

También es cierto, sin embargo, que lo que ofrece la publicación de un corpus documental en forma que se suele denominar “edición crítica” aumenta enormemente el valor de lo publicado. Tan es así, que la informática y demás medios pueden también contribuir a que las ediciones críticas cundan aún más y lleguen de esa forma a los investigadores de todo el mundo. Ojalá llegue un día en que la serie documental preparada por Hilari Raguer, de la que este volumen es el segundo, esté al alcance hasta ese extremo.

Dicho todo esto, también diré que la consulta documental del investigador que busca algo concreto en un corpus como este nada tiene que ver con la lectura que se hace por placer,

aunque se trate de un placer que se confunde con la profesión de quien lee, como sucede en este caso. Planeado así, se agradece también que, en primer lugar, el autor haya optado por la edición convencional, o sea en papel, en un tomo ligero –quiero decir de poco peso– y con el margen suficiente para que uno pueda anotar todo lo que le llama la atención especialmente.

El volumen se basa sobretodo en los archivos vaticanos y en el del cardenal Vidal y Barraquer y lleva a pie de página las anotaciones imprescindibles para aclarar el texto y, en su caso, buscar ampliaciones. Hay un pequeño conjunto de documentos que proceden del Archivo Gomá, que publicamos con Antón M. Pazos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y esas mismas reproducciones se enriquecen en la medida en que mejoran la transcripción y la adecuación a las normas del catalán actual.

Hace un momento, distinguía entre la consulta documental que ha de hacer el historiador un sinfín de veces y la pura y simple lectura de ese mismo corpus documental. Ahora querría añadir una advertencia, y es que el placer que esto último suscita

—o puede suscitar— depende enormemente del punto de partida de quien lee y que eso además ofrece facetas diferentes. La primera es el conocimiento que tiene previamente ese lector de las circunstancias históricas de que se habla en esos documentos. Es obvio que, de este volumen —que se ciñe al primer semestre de 1937—, sacará más partido quien sepa más sobre esa época, y eso —entendido del modo más sencillo—, pone de manifiesto el interés de muchas de las páginas de este libro. Por ejemplo, quien conozca el exilio a que se sometió y fue sometido Vidal y Barraquer acaso se sorprenda de lo que lee en el documento correspondiente a la página 61 —un informe dirigido al cardenal Pacelli, futuro Pío XII— en el que el propio primado de Tarragona informa que ha pedido al que lo era de Toledo —el también catalán Isidre Gomá— que haga llegar de forma reservada y de palabra a Franco el testimonio de su simpatía y de “sinceros votos por el éxito de la buena causa”. Era un hecho ya conocido, ciertamente, pero empleado a veces precisamente para criticar a Vidal como si hubiera en él doblez. Uno no puede entrar en la conciencia de otros ni afirmar o negar, en consecuencia, lo que pudiera darse realmente. Pero ese párrafo le llama la atención cuando se une a otros que ponen de relieve un hecho que se suele olvidar. Me refiero a la quiebra interior que supuso la persecución religiosa en Cataluña para muchos católicos que se habían decantado por el catalanismo. En este mismo corpus, hay otros documentos

que nos hablan de ello, aunque sea sin proponérselo. Reaparece, por ejemplo, algo que ya se puso de relieve en el primer volumen de esta serie que es lo que atañe a la personalidad del canónigo de la seo de Barcelona Luis Despujol, uno de los principales arietes del cardenal Gomá precisamente en esos días de la guerra civil. En el documento correspondiente a la página 42, Vidal advierte a Pacelli que se le había abierto —a Despujol— un expediente, se desprende que en la vicaría del propio obispado barcelonés —no se dice por qué— y, a pie de página, se anota lo que ya se había dado a conocer en el primer volumen de esta obra: que, en la embajada de España ante la Santa Sede, se le tenía expresamente por “catalanista acérrimo y decidido, de mala apariencia pero de profunda y mala intención política” (AECGC 1: 251).

¿Acaso el cambio se debió al deseo de ser obispo? Parece claro que eso es lo que temía Vidal en aquellos momentos.

En este orden de cosas, no cabe simplificación maniquea de ningún signo. Una guerra es un río revuelto y ya se sabe que son los pescadores quienes suelen llevarse la ganancia en esos casos. Me sorprendió hace tiempo, en el fondo documental de Xavier García Soler —catalanista acérrimo también, laico y católico— el entusiasmo de una carta que le hacía llegar un antiguo miembro de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña. Comentaba con entusiasmo —muchos años después de acabar la guerra— la

aparición de un libro sobre el tercio de Montserrat –tercio de requetés, naturalmente– en el que, comentaba, habían militado no pocos miembros de esa misma organización, algunos de los cuales eran –y son– nacionalistas catalanes. En el fondo, se pone de relieve ese drama que trasciende ampliamente lo eclesiástico y que se dio también –de otra manera– en territorios euskaldunes: la situación en que les puso el alzamiento del verano de 1936, la disyuntiva entre dar prioridad a sus creencias –y sumarse a sus defensores militares– o preferir la causa propiamente nacionalista. En los documentos que anota y publica Hilari Ragner hay razones sobradas para ser más que cautos. En Cataluña, la disyuntiva fue mucho menos clara que en Vizcaya y Guipúzcoa. Los católicos catalanes fueron perseguidos a muerte con saña parecida sino mayor a la del resto de España. Hay multitud de testimonios que dan fe de ello en este libro, incluida la familia del propio Vidal i Barraquer, por no citar la de Gomá, cuya angustia por lo que pudiera ocurrir a sus parientes aparece igualmente en la documentación de su propio corpus.

Por eso mismo, con planteamientos puramente políticos, podemos disentir de que Manuel Irujo trabajase para lograr que los nacionalistas vascos lucharan contra Franco a cambio de obtener el estatuto y, con ello, la deseada autonomía. Hay razones –en otros documentos de los que ahora comentamos– para plantearse la posibilidad de que la propia opción de

Irujo fuese una opción esencialista. Pero no se pueden desdeñar otros hechos, como el que consta en este libro sobre la labor desarrollada por los nacionalistas vascos impulsados por el propio Irujo, no sólo en “las provincias”, sino también en Cataluña, para salvar a cuantos pudieran. Y es que nada se opone más al maniqueísmo que ese río revuelto en que deriva toda guerra.

Pero aún es más imprudente cualquier juicio sobre la postura que tomó cada cual cuando se leen textos como el documento de la página 38 de la edición que comentamos. En concreto, nos habla de la actitud que parece predominaba entre los jóvenes varones catalanes, que rechazaban la guerra y, por lo tanto, la orden relativa a movilizarse. Se habla allí de la comarca de Solsona y de la negativa de “los quintos” –o sea los propiamente obligados por la ley a empuñar las armas– a incorporarse al ejército cuando “los milicianos rojos” intentaron imponérselo. Algunos –dice el corresponsal– “se resistieron y armados les agredieron” y mataron a más de uno. Los anarcosindicalistas que intentaban forzarlos tuvieron que buscar el refuerzo de la FAI, o sea de la fracción más agresiva y radical de la acracia española.

Pero esa misma inhibición se manifiesta ante la propia persecución religiosa. En la página 52 se habla de ello y se habla, ciertamente, a los católicos foranos, entendemos que los del resto de Europa (y nos atreveríamos a suponer que especialmente los

franceses). En Cataluña, dice en este caso el corresponsal, todo sufre por la pasividad e indiferencia con que parece contemplarse esta situación desde el extranjero y en medios católicos de ultrapuertos. Es urgente, añade, que quien pueda actúe fuertemente sobre los gobiernos del mundo y, si es necesario, ante las autoridades eclesásticas de las diversas naciones para que ayuden también a la tarea cristiana y humanitaria de detener la represión. Cada día, insiste, se hace más grave en Cataluña el peligro de la persecución religiosa y las represalias.

Se cumple, no obstante, también en este libro, lo que hemos afirmado en otras páginas, y es que, en los propios relatos de la persecución, se atisba el bien de mil maneras diferentes. Y, a mi entender, los historiadores hacemos mal –quiere decir que, profesionalmente, somos malos historiadores– cuando caemos en la trampa de reducir la historia de cualquier situación conflictiva justamente al conflicto, o sea al propio mal. Es como si olvidásemos la eficacia histórica que –supongo yo– tiene también toda acción buena. Ya hemos hablado del papel que desempeñó en tal sentido el partido nacionalista vasco en Cataluña y hay que añadir que el cardenal Vidal y Barraquer se dio cuenta del alcance de ese hecho precisamente de esa forma y por eso: como manifestación del bien en medio del mal. “Creo, Eminencia Reverendísima – escribe al propio Pacelli (página 61) –, que, en medio de la gran maldad importada de fuera y que ha prendi-

do fácilmente en nuestro pueblo, encontraremos ejemplos admirables que han dado mucha gloria a Dios y que han de inclinar su paternal corazón a la misericordia y al perdón”.

Da fe de ello el relato de su propio calvario que dirige a Vidal un hermano marista y se recoge en la página 65. Fue denunciado por un “miliciano rojo”, quien no logró, con todo, que lo fusilaran los propios “patrulleros” – los llama– que ciertamente lo apresaron. Y se desprende que, cuando esos patrulleros se negaron por tanto a hacer el mal y lo llevaron a la Casa del Pueblo, y aquí se discutió qué hacer con él, se impusieron también en este caso los que rechazaban la idea de matarlo sin más y optaron por entregarlo en la jefatura de policía. Allí, dice el propio marista, “tuve la fortuna de ser interrogado minuciosamente por un funcionario que reconoció la mala fe del acusador y determinó salvarme”. “Tuvo fortuna”, por lo tanto, por lo menos tres veces.

Volvieron a acusarlo y detenerlo y, al someterlo a un proceso sumarísimo (como era propio de la jurisdicción militar en guerra), lo que llamó fortuna y uno diría simplemente “bondad” reaparece en una larga serie de figuras que reúne primero a los obreros de los talleres de editorial Luis Vives y suma luego –gracias al empeño de esos mismos obreros– a “varios vecinos” que acuden a atestiguar en su favor; “tuve, además, la buena fortuna” –insiste sin embargo el hermano marista– y relata a continuación la intervención de otro más (y más y más que siguen

apareciendo en el relato). Si uno pensara aún que se trata de una excepción, no solo insistiría en la eficacia histórica de las excepciones, sino que animaría a releer con el criterio que hemos propuesto –el de descubrir la bondad– las páginas 74, 95, 105, 120, 125, 138, 146. “Cuando haya pasado todo –comenta el doctor Juan Viladrich en febrero de 1937–, quedaremos admirados de muchas cosas heroicas de esta presente historia que no tiene paridad en ninguna de la humanidad” (página 74). Se refiere a católicos de Solsona –a 27 en un caso, a unos cuarenta en otro (página 95)– que se arriesgaron a pasar el invierno en los montes o, sin más, a cruzar los Pirineos para acogerse a la jurisdicción francesa. Y ahí también aparece el rasgo amable: en el segundo caso, uno de ellos se perdió en el descenso por la nieve y “los guías retrocedieron con linternas para ver si lo hallaban”. No fue así. Pero ese fue el comportamiento. Los casi treinta escondidos en una cueva oyen misa y la cantan en Navidad. En Barcelona, el médico y político, de origen tradicionalista y cofundador de *Unió Democràtica de Catalunya* en 1931, Lluís Vila d’Abadal, colabora con Manuel Irujo para organizar la salida clandestina de cuantos sacerdotes lo requieren y está en sus manos (*vid.* página 120). Lo sabe Vidal i Barraquer, que informa de ello al cardenal Pacelli: “habrá de ser motivo de grandísimo consuelo para el Santo Padre el conocer la admirable conducta de aquellos jóvenes de Acción Católica que, diezmados

por la barbarie roja y en medio de continuos peligros y sufrimientos, renuevan las promesas de amor y fidelidad que personalmente hicieran a Su sagrada persona”; algunos testimonios “no desdican de los mártires de los primeros siglos”; los que trabajan para salvarlos “no saben agotar su caridad para con sus hermanos” (páginas 125-6).

¿Es atrevido deducir que no odiaban? Ciertamente, también da qué pensar el dictamen anónimo de un católico castellano que se recoge en la página 67 y que, en el fondo, al revés de lo que transcribíamos como palabras de Vidal y Barraquer, esencializa –déjenme decirlo cacofónicamente– el tópico en sentido contrario. El 99,5% de los españoles –afirma con una precisión que es, obviamente, una pura metáfora– desconoce el primer concepto del evangelio: amar al prójimo, y, sobretodo, al enemigo. Cita a otro esencialista –este francés, siempre en la página 67– y suscribe su idea de que, de todo lo que ocurre, tienen gran parte de la culpa los propios religiosos católicos que han formado a los jóvenes, laicos y sacerdotes. Han alimentado, arguye, el sentimentalismo y han olvidado la doctrina, cuya carencia, sin embargo, reduce él mismo de una manera sorprendente –claro es que para este lector–; concretamente se desprende que ni siquiera han sabido inculcar a la gente joven que el cristianismo es una religión positiva, en el sentido de que obliga a actuar y no tan sólo a evitar la acción mala. En el fondo, da

la impresión de que el dictaminador expresa mal –claro es que nuevamente a nuestro modo de entender– un hecho cierto y claro que, sin embargo –y por desgracia–, ni es peculiar de España ni lo es del catolicismo: el anónimo informador llama –quizás– sentimentalismo al moralismo, y actitud “negativa” –en realidad, de inhibición a la hora de hacer el bien– al legalismo, que es, justamente, lo que a nuestro entender dio un grave paso en la deformación de la moral en el siglo XVIII y se impuso en el siglo XIX. Es, pensamos, el legalismo moral el que palpita tras esa queja anónima, y eso porque, en la moral legalista, precisamente porque basta cumplir la ley, preocupa el evitar el mal más que llevar a cabo el bien que no se exige.

Planteado así, quizás hubiera visto todavía más grave los crímenes que horrorizan en esos días a ese mismo anónimo informador, que, a reglón seguido, dice ver la jerarquía eclesiástica “al servicio de una fuerza” –la de Franco, está claro– y teme que eso “lleve a una mayor descristianización”.

El reorganizador provisional de la *Federació* en la clandestinidad, Ruiz Hébrard, no dudaba, con todo, de que el odio cundía y, sobre todo, cundiría.

Valdría la pena detenerse en la visión de la España de Franco que relata un abogado catalán en la primavera de 1937 y se recoge a partir de la página 50 y sigue en otros documentos hasta la 160. Lo que perci-

be en esa zona es puro y simple odio. Afirma explícitamente que ve, en lo que llama “el campo blanco”, semejanzas fundamentales con el “rojo”. Y las resume en dos ideas –tres a lo sumo–: las preocupaciones básicas que percibe son la de exterminar al enemigo y las rivalidades de partido, que llegan, afirma, “hasta el odio”. Se refiere a las luchas –políticas– entre falangistas y requetés. Quedan muy atrás –sentencia– los monárquicos de Renovación Española. Les echa en cara que ni siquiera se atreven a ser fieles a su “ex-rey”, Alfonso XIII. Establece una curiosa gradación de calidad propiamente militar: los mejores soldados son los del “Tercio”. Se refiere seguramente a “la Legión”, formada originariamente para el norte de África. Luego vienen los requetés –añade–; tras ellos, el ejército regular; después los moros y “muy detrás los falangistas”.

Resulta ciertamente sorprendente y uno ironizaría a gusto si no hablase de un drama. Pero añade una acotación principal en la página 150 que aparecía ya en la 147: hay multitud de socialistas y anarcosocialistas, asegura, cobijados en Falange Española. Tan es así que hay quien la llama, dice, la “FAI Estampillada”. Es ese hecho cierto, pero pocas veces documentado de forma tan rotunda como aparece en esas páginas. Y carecemos desde luego de un estudio serio sobre ello.

Es un hecho tanto más importante cuanto que reaparece en algunas memorias de posguerra. Citamos antes a Soler García y es ese justamente uno

de los aspectos que llaman la atención con mayor fuerza a quien lee sus recuerdos de los primeros años cuarenta en Villanueva y Geltrú.

No sabemos si fue el mismo abogado citado arriba quien, “muy metido en Acción Católica, trabajador y muy celoso”, es autor de la carta anónima cuya copia envió a Pacelli Vidal Barraquer en mayo de 1937: “Los sacerdotes son muy perseguidos –escribe el abogado–. Algunos están en la indigencia. Un grupo de jóvenes, no tan numerosos como sería de desear, sirven de elemento de enlace y procuran todas las Misas y comuniones y otros servicios religiosos que pueden. Otro grupo de personas, mayor, procura la salida de sacerdotes y religiosos, pero se logra en poco número y entre quienes tienen fuerza y ánimo para atravesar los montes” pirenaicos. Y más adelante:

“Suerte tendremos de la Sangre generosa de los mártires porque la inmensa mayoría de los católicos no se enmienda. No hace penitencia ni clama constantemente misericordia mediante la oración, el recogimiento y la austeridad de vida. Se entrega a las diversiones y distracciones mundanas. En lugar de arder en amor al prójimo, anhela desquites y venganzas” (páginas 149-50).

Asumido eso, resulta aun más dramático lo que decíamos ante el entusiasmo de aquel antiguo militante en la *Federació de Joves Cristians*

de Catalunya que se abocó después al tercio de Montserrat. Para entender mejor aún que optaran –él y bastantes más– por ello, vale la pena la lectura del documento 56 de este libro, en el que un militante de la propia Federación explica a Vidal y Barraquer lo que ha ocurrido y ocurre en plena guerra con los “Jóvenes Cristianos” que no habían podido huir de Cataluña y cuyas relaciones él mismo intentaba coordinar. Los matan, dice, simplemente por eso, por militar en la Federación. Había pueblos en los que todos los militantes habían sido ejecutados. De momento sabía de unos trescientos, de cuya condición de verdaderos mártires –en el sentido más estricto de la palabra– no tenía ninguna duda. Y comentaba el heroísmo de los que estaban libres y desarrollaban todo tipo de actividad para ayudar a los encarcelados, a los enfermos y a los que permanecían ocultos.

Pero no se engañaba sobre el futuro: “La hoguera de odios que aquí se ha encendido y que amenaza con perdurar, incluso después de que termine la revuelta y la guerra, sólo una ola de caridad cristiana tendrá bastante fuerza para extinguirla” (página 105). Y no tuvo, cuando llegó esa ola –que la hubo desde luego, incluso desde los mismos días de la guerra–, la fuerza suficiente.

En el libro se habla, naturalmente, del fundador de la propia *Federació de Joves Cristians*, el sacerdote Albert Bonet (remito a esos efectos a las páginas 126, 162-166, 210). Y

evito el tema de su propia singladura –solo por no extenderme más–; se comprende que, al mismo tiempo, en que los “Jóvenes Cristianos” huían y regresaban por la frontera Navarra Guipuzcoana a la zona proveniente a Franco –y se enrolaban en las filas del Ejército “Nacional” (en el tercio de Montserrat y en otros más que aquí no se mencionan)–, Bonet optara por seguir el mismo camino en su propia calidad de eclesiástico. Sus avatares personales quedaron bien documentados, creo, en el Archivo Gomá. Pasó también a la España Nacional, convenció al primado Gomá –su paisano– de que tenía clara la opción que había de tomar en esas circunstancias –sencillamente, la que representaba Franco– y se ofreció a hacer lo que, en efecto, hizo, que fue recorrer los diversos países de la Europa Occidental para entrevistarse con los relevantes dirigentes católicos –eclesiásticos sobretudo– a quienes conocía y hacerles saber lo que sucedía en la España republicana con los que se declaraban católicos o, simplemente, eran reconocidos como tales.

Debo decir que, sin quererlo, he seguido la trayectoria posterior de Bonet y, ciertamente, no dejan de presentarse claros oscuros. Hay una historia “catalana” de Acción Católica española que no puedo exponer aquí, pero que parte del desembarco de Bonet en Madrid en el invierno de 1945 que valdría la pena detallarla en otro momento.

Solo cabe añadir que fueron más los casos de colaboración. El docu-

mento número 69 de los que ahora publica Hilari Ragner abunda en otro hecho conocido, que es la presencia junto a Franco, en Burgos, de un grupo de sacerdotes que trabajan para él, sobretudo en tareas de propaganda, pero además en traducir leyes alemanas en las que Franco pueda hallar inspiración. Y añade que algunos de ellos son catalanes. Inevitablemente el lector evoca al ferviente catalanista que había sido hasta esos días Joan Tusquets, a quien se menciona explícitamente en algún documento.

Interesa más, sin embargo, esa referencia a las traducciones. Es posible que fuera lo que el informador comenta. Pero lo que hay entre los papeles de Franco es una cantidad notabilísima –sobretudo, por su elocuencia enorme– de artículos de la prensa alemana nazi sobre los católicos alemanes y, en ellos, llama la atención el encono con que se habla del cardenal Pacelli y, después, Pío XII. Quien lea esos artículos difícilmente aceptará sin más la versión que ha acabado por imponerse en muchos acerca de la actitud del papa Pacelli.

En todo caso, hablamos de los días en que el propio Pacelli colaboraba en la redacción de la encíclica de Pío XII contra el nazismo y, si ese documento no fue suficiente para disuadir a bastantes católicos españoles que admiraban a Franco, uno no puede menos que arrojar un velo de la comprensión que desea para sí mismo cuando lee el deseo de quien envía a Vidal –Félix Bilbao– el docu-

mento número 70, que acaba así en la página 130: “el Señor le dé acierto [a Franco] para forjar un fascio o un nacional socialismo cristiano y español, como parece desear”. Acababa de decretar la unión de todas las milicias nacionales y la creación de partido único que comenzaba a ser FET y de las JONS.

Lo malo es que esa miopía –la de Félix Bilbao (claro está que a mi juicio)– arrastraba una herencia de incomprendimientos que habían dividido a los católicos españoles y ahora, lejos de aunarlos, venía a combinarse con el cesarismo fascista. El documento 82 es, en ese sentido, premonitorio. Corría mayo de 1937 y ya llegaban a Vidal las noticias de lo que sucedía en la zona de Franco y la incompreensión con que se miraban –como burdo “separatismo”– las propias expresiones culturales de los catalanes que peleaban al lado de Franco. Aducían como argumento la sangre que derramaban los suyos en el Frente “Nacional” y no solo olvidaban a los catalanes que tenían a su lado, codo a codo con ellos, sino a los otros catalanes que morían en Cataluña por el hecho de ser católicos.

Y aún añadía a ello el primado de Tarragona unas anotaciones que no cabe pasar por alto: Francia daba a los españoles –una vez más– el modelo a seguir. Entre los comunistas franceses, corrían listas negras como las que se ejecutaban ya en la España republicana y se sabía de la preparación de contingentes armados del mismo signo en las fronteras de Italia y Fran-

cia. Le parecía pasmosamente claro que ese era el enemigo a vencer, y no el amor al catalán y a las tradiciones culturales de Cataluña.

En realidad, se podía decir que muchos católicos franceses padecían de miopía semejante a la de los cesaristas de que hablaba Vidal y Barraquer: tampoco se enteraban de cuál era el peligro verdadero que les amenazaba. En la propia Cataluña, en ese mes de mayo, los comunistas habían dado ya el paso siguiente y procedían a eliminar –o sea a matar– a los disidentes de la propia izquierda. En ese mismo informe al cardenal Pacelli, el cardenal de Tarragona parecía percibir con nitidez qué había comenzado a ocurrir en Cataluña con el enfrentamiento –a tiros– entre anarquistas de la FAI y la CNT y comunistas socialistas de la UGT y de izquierda catalana. El cardenal tenía muy claro que lo que se anunciaba en Cataluña era ya una lucha por el poder entre facciones revolucionarias y que todos sin excepción saldrían perdiendo. Si ganaban los anarquistas, además, fracasarían precisamente en calidad de gobernantes. Si, a corto o medio plazo, vencían los socialistas-comunistas, se iría a la formación de una república soviética. La propia guerra de España aún iba para largo, argüía, por más que los triunfos de Franco –en esos días, la ocupación del señorío de Vizcaya– indujeran a pensar de otro modo. Rusia, decía, estaba más que interesada en que ocurriera así.

JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO